



10 de abril de 2020

SOBREVIVIENDO AL INFIERNO

Son las 7.05, el despertador irrumpe desagradablemente el descanso y la desconexión.

¿Qué día es hoy? ¡Mierda! Hoy me toca ir a trabajar. Otra vez a ese infierno. Y esta sensación de angustia en el estómago que me acompaña cada mañana. A pesar de que pasan los días no me hago a ella. Y que injusto ver a gente comprando en el supermercado con mascarillas mucho mejor que las que tenemos en el trabajo. Ojalá me hiciera un esguince para coger la baja. Y encima no nos quieren hacer la prueba. Claro, no les interesa tenernos de baja. Y sí, los aplausos, las sirenas, están muy bien, pero al final quien se la juega soy yo. ¿Y si me infecto y pongo en peligro a mis hijos y a mi pareja? Y pasará todo y no nos pagarán la extraordinaria, esto es increíble. Luego no se acuerda nadie. Yo también me quiero quedar en casa. Menos mal que mañana empiezo mis días libres, que bien...Porque es mi trabajo si no a mí no pillaban de voluntariado ni de broma.

Las 7.15, el despertador vuelve a sonar y sin dudarlo ni un segundo más los pies se dirigen al baño. Un día más.

Si eres de las personas que libran esta batalla con bata blanca es muy probable que alguno de estos pensamientos se haya filtrado entre tus neuronas en algún momento. Porque a pesar de estar haciendo un esfuerzo sobrehumano eres una persona y no hay nada más humano que querer huir del sufrimiento, del dolor, de la impotencia, de la frustración. Emociones que inevitablemente te estarán acompañando. Y a pesar de sentir las sigues ahí día a día.

Por eso permítenos que los que estamos en los balcones te consideremos nuestro héroe, nuestra heroína. Nuestro aplauso es el sonido de nuestra admiración.

Gracias, mil gracias.

Roberto Oraá Baroja
Logroño, La Rioja, España